

## Escenario parcial y subjetivo de la poesía argentina

Puesto a dibujar un escenario de la poesía argentina de hoy debo comenzar por las corrientes literarias que lo atravesaron durante los siglos XIX y XX hasta llegar al provechoso presente en el que los poetas retoman las experiencias literarias en boga y las reelaboran desde un canon propio, no libre de las enseñanzas del *ethos* singular que marca las horas del continente sudamericano. En cuanto a lo primero, debo nombrar a José Hernández (1834/1886), Leopoldo Lugones (1874/1938) y Jorge Luis Borges (1899/1986), y contraponer a este último la figura de su contemporáneo Oliverio Girondo (1891/1967), quien con su iconoclasia verbal y temática, sus juegos idiomáticos e irreverencia lúdica, muestra la dinámica del arte y su propensión a hacerse y rehacerse de continuo, oponiendo la tradición de la aventura al testimonio de la continuidad.

Con el poema *Martín Fierro*, José Hernández representa la asunción del territorio y de la peripecia vernácula, la puja entre el nativo y el nuevo poblador, y la entronización de valores que van a caracterizar al hombre argentino: el venero de la familia y la amistad, la impronta del desierto y la inocultable sentimentalidad que es propia del alma rioplatense. Lugones simboliza la presencia de las corrientes literarias de la enciclopedia –el clasicismo, el parnasianismo, el modernismo *aggiornado* a la emoción local- puestas a fundar y refundar, durante la primera mitad del siglo pasado, un territorio lírico. Borges es un criollo universal, pues su poesía bebe tanto de la tierra, del barrio y de la historia local observada desde su costado épico, como de las mitologías universales. Literariamente, Borges colocó a este país en el concierto de la literatura universal.

Luego de un siglo XIX dominado por un romanticismo extrapolado por cultores eruditos y un costumbrismo derivado del canto a la naturaleza, y ya puesto el país a dialogar literariamente con el mundo, el siglo XX da muestras de la irrupción de las corrientes literarias que se fueron gestando principalmente en Europa: el neorromanticismo, el surrealismo, la poesía ahistórica de tendencia al solipsismo y la pureza, la poesía urbana de corte social y político, el hermetismo montaliano, la poesía intelectual con su notación privada que lleva las enseñanzas de Eliot hasta las puertas del objetivismo, y, por fin, el objetivismo que busca, a su vez, quitar del poema todo

rastros de idealización subjetiva en miras a otra forma de pureza: la del objeto tal como es.

Próximos al presente, han surgido expresiones del barroco, del sencillismo anecdótico, del testimonio del hombre que viene a dar cuenta de su paso efímero, pero también de su horror ante la violencia desatada por razones políticas. Como derivas de la historia reciente -que dejó marcas en un lenguaje utilizado para subvertir la realidad, llamando “desaparición” a la muerte y “vuelo” al homicidio-, surge una poesía que contagia su sintaxis con la contundencia de lo real, como el poema “Cadáveres” de Perlongher. Concluidas las épicas revolucionarias y la poesía de la resistencia, opacada la pureza de las causas y la búsqueda de trascendencia, los versos se han vuelto inteligentes, paródicos, ornamentales, abstractos. Huellas de un hombre acosado por la perplejidad, que no depone, empero, su vocación por el canto.

Mucho de lo escrito se adivina en condición de presente. El alimento no parece provenir de la madre, en una relación vertical, sino del torbellino de los días, en una relación horizontal. Como si se dijera: somos hijos de nosotros mismos, el hoy es nuestro modelo, y el hoy es fungible. Algunos poetas han comenzado a mirar con ojos nuevos la naturaleza, otros se han puesto a explorar la casa, la calle y el silencio que las rodea. Están los que, desde una mirada en la soberanía de los hechos, se sobreelevan por encima de la subjetividad, apostando su energía a la luminosidad aparental de lo que permanece idéntico. Así, lo faltante, la herida y el desgarramiento se han vuelto fuentes fecundas de la poesía, como en la antigüedad lo fueran el orden, lo heroico o lo sublime. Lo que el mundo nos da, pero también lo que el mundo nos quita. Enrique Molina habla de “la belleza tantálica del mundo”.

Dos miradas parecen resumir el perfil del presente: la de los poetas de la celebración y la de los poetas del discurso, lo que es tanto como decir: los poetas de la naturaleza y los poetas de la introspección, los poetas de la comunión y los poetas de la soledad. Me explico: la de aquellos que no dudan de la existencia y la celebran, y la de aquellos que exploran la posibilidad e imposibilidad de crear el lenguaje y el código de conciencia en los que la poesía se realiza. Poetas del canto y poetas del pensamiento, también se les ha llamado, aunque es preciso decir que ni los primeros carecen de pensamiento ni los otros reniegan del canto.

Apunto las siguientes poéticas: el naturalismo adánico, tierno y gozoso de Leopoldo Teuco Castilla, la poesía de indagación y pensamiento de Santiago Sylvester y Santiago Kovadloff, el intimismo humanista de Antonio Requeni, la poesía pura, con

tendencia a la abstracción, de Alejandro Nicotra y Rodolfo Godino, el objetivismo escrutador de Jorge Aulicino, la pasión crítica de Paulina Vinderman y Cristina Piña, el coloquialismo social de Eduardo D'Ana y César Cantoni, la recreación del paisaje natal de Leonardo Martínez, el minimalismo de Arturo Carrera, la reelaboración lírica de la belleza del mundo, el clasicismo epifánico de Ricardo H. Herrera, la idealización constructiva de Pablo Anadón y Alejandro Bekes. A quienes sumo el nombre de los poetas que nos acompañan esta tarde: Cristián Aliaga, Carlos Schilling, Elisa Molina y María del Carmen Marengo. Con ellos trazo el escenario parcial y subjetivo de una poesía que se sabe continuadora de las estéticas de quienes fueron nuestros mayores: Ricardo E. Molinari, Carlos Mastronardi, Alberto Girri, Olga Orozco, Edgar Bayley, Joaquín Giannuzzi, Enrique Molina, Juan Gelman, Amelia Biagioni, Francisco Madariaga, Alejandra Pizarnik, Horacio Castillo.

**Rafael Felipe Oteríño**